

DARWIN, LAS IDEAS DOMINANTES Y LOS QUE DOMINAN

DECIMOTERCERA ENTREGA: Sobre el origen de la Síntesis “moderna”

Máximo Sandín

El hecho de que una teoría tan vaga, tan insuficientemente demostrable, tan ajena a los criterios que suelen aplicarse en las ciencias empíricas, se haya convertido en un dogma no es explicable, si no es con argumentos sociológicos.

Ludwig von Bertalanffy (1901 – 1972))

Antes de adentrarnos en el análisis de la concepción “patológica” de la Naturaleza del darwinismo actual, puede ser conveniente una mirada sobre el origen de lo que, se supone, aunque no parece que esté muy claro para todos los darwinistas, es la base teórica actual de “la Teoría de la evolución”, la que se enseña en la Universidad, es decir, la llamada Síntesis “moderna”.

A principios del siglo XX, con los incipientes conocimientos en genética, basados en el llamado “redescubrimiento de las Leyes de Mendel” (que también tiene su historia “ocultada”), los genetistas más prestigiosos habían desechado la idea de la evolución mediante el cambio gradual. Así nos cuenta la historia F. J. Ayala, el más prestigioso experto actual en la Genética de poblaciones en su libro “La teoría de la evolución”(1999): *“De acuerdo con De Vries (y también con otros genéticos de principios del sigloXX, como el inglés William Bateson) hay dos tipos de variaciones en los organismos: un tipo consiste en la variación “ordinaria” observada entre los individuos de una especie: por ejemplo, variación en el color de los ojos o las flores, o variación en el tamaño. Este tipo de variación no tiene consecuencias últimas en la evolución, porque, según De Vries, “no puede traspasar los límites de la especie, incluso bajo las condiciones de la más fuerte y continua selección”. El otro tipo consiste en las variaciones que surgen por “mutación genética”; esto es, alteraciones espontáneas de los genes que ocasionan grandes modificaciones de los organismos y que pueden dar origen a nuevas especies: “Una nueva especie se origina de repente, es producida a partir de una especie preexistente sin ninguna preparación visible y sin transición”.*

Esto, que Ayala nos cuenta como una concepción errónea, era el resultado de lo que los genetistas observaban experimentalmente. Pero había un gran interés entre los darwinistas en “demostrar” que el cambio (el “ascenso”, como decía Darwin) debería de ser gradual. Los llamados “biometristas” encabezados por Sir Karl Pearson, un ferviente eugenista, se pusieron en marcha. Veamos cómo nos cuenta la historia Richard Milner, calificado por Gould en el prólogo de su libro “Diccionario de la evolución” como “el galgo de Darwin”: *“R. C. Punnett, (otro ferviente eugenista), expuso el problema a su amigo G. H. Hardy, profesor de matemáticas en la Universidad de Cambridge, quien, según se dice, escribió la solución en el puño de la camisa mientras comía. Como la*

consideró muy elemental, Hardy se negó a presentarla en una publicación que normalmente leerían sus colegas matemáticos, por lo que Punnett la expuso en una revista de biología. Fue la única incursión de Hardy en la genética (?). La solución obtenida por el profesor Hardy fue que la simple expresión binomial $(p^2 + 2pq + q^2) = 1$ describe la proporción de cada genotipo en la población, donde p representa el alelo dominante (A), q el recesivo (a) y $(p + q = 1)$. Es decir, una suposición basada en la transmisión independiente de los “genes”, cada uno transmisor de “un carácter” y situados en los genomas como las cuentas de un collar, (que ya se sabía falsa, porque había fenómenos ya conocidos, como el “ligamiento”, por el que dos caracteres externos se transmitían juntos), se convirtió en la “explicación”, basada en la probabilidad de sacar cara o cruz (“al azar”) en una moneda lanzada al aire, de cómo “un alelo” podía ser seleccionado, naturalmente si le añadimos un “coeficiente de selección”, (una “ventaja”) es decir, un número inventado (“si suponemos que el alelo A tiene un coeficiente de selección de $0,15\dots$ ”) o, lo que es lo mismo, si ponemos un peso en una de las caras de la moneda, “con el tiempo” el alelo acabará por ser único. Habrá sido “seleccionado”. Naturalmente, para que las posibilidades de que $p + q$ sea igual a 1, es decir, para que la suma de las frecuencias de obtener cara y cruz en una moneda lanzada al aire sea 1, ha de ser lanzada infinitas veces, o lo que es igual, que el número de individuos de una especie “tienda a infinito”. Muy real ¿no es cierto?

Y todos estos inventos para justificar “la selección de un alelo”. El resto de la evolución “es cuestión de tiempo”. Ya está explicada: “**Los matemáticos demostraron convincentemente que, incluso mutaciones con ventajas relativamente pequeñas, eran favorecidas por la selección, y sus hallazgos ayudaron a superar varias objeciones a la selección natural**”. La “explicación” de Ernst Mayr (“el Darwin del Siglo XX”) sobre la consolidación “empírica” del darwinismo es así de sencilla. Unos matemáticos que no tenían conocimientos de genética, incluso cuando los conocimientos de los genetistas eran incipientes, pero eso sí, fervientes eugenistas (Pearson, Fisher, Haldane, Wright...), inventaron unas fórmulas que indicaban todo lo contrario de lo que se observaba en los laboratorios. El resto de las consecuencias de sus ideas sí fue “cuestión de tiempo”...